

Intervención del Presidente de la Xunta en la presentación del libro LA NIÑA DE GRIS, DE OTERO LASTRES

Amigas y amigos, querido escritor y profesor.

Es un antiguo diputado por Ponteareas el que nos facilita una de las definiciones más bellas del oficio de escribir. <Sin los escritores –afirma- aún los actos más laudables son de un día>. La propia vida del autor de esta frase es la mejor demostración de lo certero de la sentencia. Se llamaba José Martínez Ruiz, aunque solía firmar como Azorín.

Como todos ustedes saben, nuestro hombre fue tentado por la política, y formó parte de aquellos parlamentarios ambulantes de la Restauración, que iban de jurisdicción en jurisdicción, como vagabundos. A él le tocó la tierra del famoso pasodoble, lo cual lo convierte en medio paisano nuestro.

Muy poco se recuerda de la labor parlamentaria de Azorín. Sin embargo, es enorme su influencia en el periodismo, la literatura y el mundo de las ideas. Gracias a su pluma, personajes que se hubiesen diluido en las brumas de la historia, sobreviven en librerías y bibliotecas. Basta con abrir un libro suyo para que las personas resuciten, igual que Lázaros de papel.

<Manel> Otero Lastres le da perpetuidad a un personaje que no hubiese merecido la condena del olvido. Es un alférez legionario gallego que resume en su vida y en su muerte la tragedia de muchos otros en la Guerra Civil. Pero él existió, dejó un diario y ese diario se convierte en testimonio.

Podía haber sido un miliciano de Madrid, o cualquiera de los millones de jóvenes europeos o del resto del mundo, sacrificados por las grandes carnicerías de la época. Podía no haber muerto en la trinchera, y haber disfrutado de una vejez placentera con sus hijos y nietos. En aquella lotería atroz, le tocó sin embargo la muerte.

Además de sus valores literarios, la obra tiene para mi la gran virtud de huir del maniqueísmo. Ni el autor, ni el personaje novelesco que le sirve de alter ego, son maniqueos. No juzgan como Dante en la Divina Comedia, ni intentan hacer justicia retroactiva, como algunos pretenden hacer ahora.

Observan, describen, tratan con suma delicadeza las situaciones. El libro guarda por eso parentescos, con otra novela también ejemplar en el tratamiento de la peor tragedia de nuestra historia. Me refiero a <Soldados de Salamina>, de Javier Cercas, que tiene, como <La niña de gris>, un trasfondo musical. En un caso <Suspiros de España>; en el otro <Solamente una vez>

En ambos, una lección para las mujeres y hombres de mi generación, que muchas veces sufrimos la prolongación del guerracivilismo en forma de historias viciadas por el espíritu sectario.

Adentrarse en el libro de Otero Lastres, es compartir con el infortunado Miguel Ortega motivaciones, desencantos y sobre todo la profunda repugnancia que le produce la guerra. Especialmente emotivo, es el pasaje en el que el legionario se ve cara a cara con el enemigo al que acaba de dar muerte. <Le cerré los ojos y le pedí perdón mentalmente>.

En otro orden más jocoso, también he tomado nota amigo Manel, del mote que se le pone al político que sufre lo que llamas <desdén de altura>. No creo, por cierto, que ese pecado sea exclusivo de los que ocupamos responsabilidades públicas. Empresarios, embajadores y hasta presidentes del clubes de fútbol, también lo pueden cometer, transformándose en ese <hombre-globo> al que te refieres. Es evidente que todos necesitamos un <lastre> que nos mantenga anclados en la realidad, sobre todo en estos momentos de dificultad e inquietud.

Amigas y amigos. Empezaba con la definición de escritor que nos legó Azorín, y termino con otro invitado que es francés y no fue diputado por Ponteareas. George Steiner publicaba hace poco un libro sobre los libros que nunca ha escrito. Es magnífico y triste a la vez porque el lector se da cuenta de los buenos argumentos que van a quedar en el olvido. Afortunadamente, <La niña de gris> de Otero Lastres sí fue escrito y muy bien escrito. Lo animo a que vuelva a hacer otro paréntesis en sus trabajos de gran mercantilista, en sus clases, en su madridismo y deportivismo, y que no deje sin escribir nada de lo que se le ocurra.